

LECTIO DIVINA

22 de febrero 2026

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

Tiempo de oración, penitencia y caridad

Gn 2,7-9; 3,1-7

Sal 50

Rom 5,12-19

Mt 4,1-11

Al comienzo de la Cuaresma, la liturgia nos invita a repensar nuestras certezas, nuestras decisiones, nuestros valores. Tiempo de conversión y renovación, la Cuaresma es el momento oportuno para acercarnos a Dios. Es en Dios, y no en otras propuestas, por fascinantes que sean, donde reside la fuente de la verdadera vida.

En la primera lectura, la catequesis de Israel describe, a grandes rasgos, el plan de Dios para el mundo y la humanidad. Dios nos creó para la felicidad y nos mostró cómo vivir para alcanzar la vida verdadera. Sin embargo, como seres libres, debemos tomar nuestra decisión fundamental. Si decidimos acoger la guía de Dios, conoceremos una felicidad ilimitada y una plenitud plena; pero si optamos por ceder a la tentación del egoísmo, la autosuficiencia, la arrogancia y la avaricia, viviremos rodeados de cosas efímeras y vacías que nunca saciarán por completo nuestra sed de felicidad.

En la segunda lectura, el apóstol Pablo nos presenta dos ejemplos, dos modelos de vida, dos hombres: Adán y Jesús. Adán representa al hombre que decidió ignorar las propuestas de Dios y decidir por sí mismo los caminos que debía tomar para su plena realización; Jesús es el hombre que decidió escuchar las instrucciones de Dios, obedecer sus planes y seguir el camino que Dios le indicó, incluso si este pasaba por la cruz. La desobediencia de Adán trajo egoísmo, sufrimiento y muerte al mundo; la obediencia de Jesús se convirtió, para el mundo y para todos los hombres, en una fuente inagotable de amor, gracia y vida.

En el Evangelio, el evangelista Mateo nos ofrece una catequesis sobre las decisiones de Jesús. Siempre rechazó las propuestas y los valores que cuestionaban el plan de Dios para el mundo y la humanidad. Para Jesús, los valores de Dios siempre prevalecieron sobre los bienes materiales, la embriaguez del éxito fácil y la sed de poder. A sus discípulos, Jesús les pide que sigan un camino similar.

Génesis 2, 7-9; 3, 1-7

Después de haber creado el cielo y la tierra, el Señor Dios tomó polvo del suelo y con él formó al hombre; le sopló en la nariz un aliento de vida, y el hombre comenzó a vivir. Después plantó el Señor un jardín al oriente del Edén y allí puso al hombre que había formado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, de hermoso aspecto y sabrosos frutos, y además, en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal.

La serpiente era el más astuto de los animales del campo que había creado el Señor Dios. Un día le dijo a la mujer: “¿Es cierto que Dios les ha prohibido comer de todos los árboles del jardín?”

La mujer respondió: “Podemos comer del fruto de todos los árboles del huerto, pero del árbol que está en el centro del jardín, dijo Dios: ‘No comerán de él ni lo tocarán, porque de lo contrario, habrán de morir’ ”.

La serpiente replicó a la mujer: “De ningún modo. No morirán. Bien sabe Dios que el día que coman de los frutos de ese árbol, se les abrirán a ustedes los ojos y serán como Dios, que conoce el bien y el mal”.

La mujer vio que el árbol era bueno para comer, agradable a la vista y codiciable, además, para alcanzar la sabiduría. Tomó, pues, de su fruto, comió y le dio a su marido, que estaba junto a ella, el cual también comió. Entonces se les abrieron los ojos a los dos y se dieron cuenta de que estaban desnudos. Entrelazaron unas hojas de higuera y se las ciñeron para cubrirse. Palabra de Dios

CONTEXTO

El texto de Génesis 2:4b-3:24, conocido como el relato yahvista de la creación, es un texto del siglo X a. C. que probablemente apareció en Judá durante la época del rey Salomón. Es yahvista porque utiliza el nombre "Yahvé" para referirse a Dios. Se presenta en un estilo exuberante y pintoresco, lleno de vida, y parece ser la obra de un catequista popular, que enseña con imágenes sugestivas, coloridas y poderosas. No podemos, en modo alguno, ver en este texto un relato realista y factual de los acontecimientos pasados en los albores de la humanidad. El propósito del autor no es científico ni histórico, sino teológico: más que enseñar cómo surgieron el mundo y la humanidad, quiere decirnos que Dios está en el origen de la vida y de la humanidad. Es, por lo tanto, una página de catequesis y no un tratado destinado a explicar científicamente los orígenes del mundo y la vida.

Para presentar esta catequesis a la gente del siglo X a. C., los teólogos yahvistas utilizaron elementos simbólicos y literarios de las cosmogonías mesopotámicas (por ejemplo, la formación del hombre "del polvo de la tierra" es un elemento que siempre aparece en los mitos mesopotámicos sobre el origen); sin embargo, transformaron y adaptaron los símbolos tomados de las narrativas legendarias de otros pueblos, dándoles un nuevo marco, una nueva interpretación y poniéndolos al servicio de la catequesis y la fe de Israel. En otras palabras: el lenguaje y la presentación literaria de las narrativas bíblicas de la creación muestran paralelismos significativos con los mitos sobre el origen de los pueblos de la región del Creciente Fértil; pero las conclusiones teológicas —especialmente la enseñanza sobre Dios y sobre el lugar que ocupa el hombre en el plan de Dios— son significativamente diferentes: más maduras, más reflexivas, más profundas y más coherentes.

La liturgia ha seleccionado dos escenas de la narrativa yahvista de la creación para proponernos, este domingo, como primera lectura. La primera escena nos ofrece una catequesis sobre el origen del hombre y el proyecto de Dios sobre él (cf. Gn 2,7-9); en la segunda escena, el autor yahvista propone una reflexión sobre el origen de este mal que desfigura el mundo y trae sufrimiento y muerte a la historia de la humanidad (cf. Gn 3,1-7).

MENSAJE

El teólogo yahvista comienza describiendo, con matices muy sugestivos, la creación del hombre (cf. Gn 2,7): «El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente».

El verbo utilizado para describir la acción de Dios (el verbo «*yasar*», que puede traducirse como «formar», «moldear») es un verbo técnico vinculado al trabajo del alfarero. Dios aparece así como un alfarero que moldea la arcilla; y el resultado de la acción divina del alfarero es el ser humano. Nos encontramos muy cerca de las concepciones mesopotámicas, donde el hombre es creado por los dioses a partir del barro de la tierra (el juego de palabras «*'adam*» —«hombre»— y «*'adamah*» —«tierra»— sugiere que el hombre proviene de la «tierra» y, una vez completado su viaje, regresará a la tierra de la que fue tomado).

Sin embargo, el hombre no es solo tierra, pues también recibe la *neshamá* de Dios. La palabra empleada por el teólogo yahvista puede traducirse como "aliento", "vida" o "respiración". Es el "aliento" (vida) de Dios el que da vida a la arcilla inerte, haciendo del hombre un ser vivo. El hombre tiene algo divino en él; su vida procede directamente de Dios.

Modelado por Dios con amor, animado por el aliento de vida de Dios mismo, el hombre está en el centro del proyecto creativo de Dios. Ocupa un lugar absolutamente especial en la creación; y es para él que todo será creado.

¿Por qué creó Dios al hombre? ¿Para ser esclavo de los dioses y proveer sustento a las deidades, como en los mitos mesopotámicos? No. Desde la perspectiva de nuestro catequista, el hombre fue creado para ser feliz, en comunión con Dios. Para describir la situación ideal del hombre, creado para la felicidad y la plena realización, el yahvista lo sitúa en un "jardín" lleno de árboles frutales (cf. Gn 2,8-9). Para un pueblo que sentía la amenaza constante del árido desierto, el ideal de felicidad sería un lugar con muchos árboles y abundante agua. De hecho, los mitos mesopotámicos presentan las mismas imágenes.

Entre la vegetación de este jardín donde habita el hombre, el teólogo yahvista destaca dos árboles especiales: el "árbol de la vida" y el "árbol del conocimiento del bien y del mal". El "árbol de la vida",

que se exhibe prominentemente en el centro del jardín, es el símbolo de la inmortalidad concedida al hombre. Al hablar del "árbol de la vida", el autor probablemente piensa en la "Ley": desde el principio, Dios ofreció al hombre la posibilidad de una vida plena e inmortal, que implica la obediencia a la Ley y a los mandamientos de Dios. Cumplir la Ley es tener acceso a una vida plena.

Junto al «árbol de la vida», y en contraste con él (ya que trae la muerte), se encuentra el «árbol del conocimiento del bien y del mal». Dios pide al hombre que se abstenga de comer del «árbol del conocimiento del bien y del mal». Este árbol probablemente representa el orgullo y la autosuficiencia de quienes creen alcanzar su propia felicidad abandonando a Dios. «Comer del árbol del conocimiento del bien y del mal» significa cerrarse a uno mismo, querer decidir por sí mismo qué es el bien y qué es el mal, ponerse en el lugar de Dios, reivindicar una autonomía total respecto al Creador. Sí, Dios creó al hombre para ser feliz y le dio la posibilidad de la vida inmortal; pero el hombre puede optar por prescindir de Dios y seguir caminos donde Dios no está. Según la catequesis tradicional de Israel, quien renuncia a la comunión con Dios sigue el camino de la muerte.

En la segunda parte de nuestro texto (cf. Gn 3,1-7), el teólogo yahvista reflexiona sobre la cuestión del mal. ¿De dónde proviene el mal que desfigura el mundo e impide al hombre vivir en plenitud? Para los catequistas de Israel, la respuesta parece evidente: el mal proviene de las malas decisiones que el hombre ha tomado desde el principio de la historia.

Para encarnar la tentación del hombre de elegir caminos de egoísmo y autosuficiencia, apartados de Dios, el autor yahvista recurre a la figura de la serpiente. Entre los pueblos antiguos, la serpiente aparece como símbolo por excelencia de la vida y la fertilidad (probablemente por su forma fállica). Entre los cananeos, el culto a la serpiente también estaba muy extendido. En los santuarios cananeos, se invocaba a los dioses de la fertilidad (a menudo representados por la serpiente) y se realizaban rituales mágicos para asegurar la fertilidad de los campos... Ahora bien, los israelitas, asentados en la Tierra Santa, rápidamente se fascinaron por estos cultos y practicaron los rituales cananeos destinados a asegurar la vida y la fertilidad de los campos y los rebaños. Sin embargo, esto significó prescindir de Yahvé y abandonar el camino de la Ley y los mandamientos. La «serpiente» aparece aquí, por tanto, como símbolo de todo lo que aleja al hombre de Dios y sus propuestas, sugiriendo caminos de orgullo, egoísmo y autosuficiencia.

Los hombres y mujeres que Dios creó para ser felices y tener un destino de vida plena cayeron en la tentación y malversaron la libertad que les fue concedida. Deslumbrados por su propia importancia, cegados por el orgullo y la vanidad, juzgaron que podían prescindir de Dios y de sus indicaciones. Vieron en Dios un competidor, un obstáculo para la libertad que buscaban. Decidieron ignorar a Dios y confiar en su propia autosuficiencia. Tomaron decisiones egoístas y llenaron el mundo de ambición, injusticia, arrogancia, violencia y muerte. En opinión del teólogo yahvista, este es el origen del mal que destruye la armonía del mundo.

Nuestro texto termina con una alusión a la «vergüenza» que sintieron el hombre y la mujer al darse cuenta de que estaban desnudos (cf. Gn 3,7): es la expresión de la ruptura de la armonía, la destrucción de la inocencia, la pérdida de la dignidad, el desorden que el pecado introduce en la vida del hombre y del mundo.

ACTUALIZACION

*¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Por qué estamos aquí? ¿Cuál es el sentido de nuestra vida? Estas son preguntas eternas que hombres y mujeres de todos los tiempos se plantean constantemente. La Palabra de Dios que se nos ofrece hoy responde: Dios es nuestro origen y nuestro destino final. No somos un grano de arena diminuto e insignificante a la deriva en alguna galaxia; sino seres cuya existencia Dios planeó, a quienes moldeó con amor, a quienes animó con su propio aliento de vida, a quienes ofreció un destino de eternidad. El fin último de nuestra existencia no es el fracaso, el hundimiento en la oscuridad absoluta, la disolución en la nada; sino la vida definitiva, la felicidad sin fin, el encuentro con Dios. ¿Es este el horizonte de la vida eterna y la plena comunión con Dios que tenemos ante nuestros ojos en nuestro peregrinar por la tierra? ¿Qué huella deja esto en nuestra vida diaria?

+¿Cómo realizamos esta vocación a la felicidad que está inscrita en el plan de Dios para nosotros? Según la catequesis más genuina de Israel, es obedeciendo las instrucciones de Dios y viviendo

según sus propuestas. Dios es un Padre bueno, que no nos impone nada y que siempre respeta nuestra libertad; pero insiste en mostrarnos, a cada paso, el camino hacia la plenitud de vida que soñó para todos sus amados hijos. Cuando aceptamos nuestra condición de criaturas, reconocemos el amor de Dios y aceptamos con humildad las indicaciones que nos da, construimos una existencia armoniosa, un "paraíso" donde encontramos vida, armonía, felicidad y plena realización. ¿Cómo nos posicionamos ante Dios? Al construir nuestra historia de vida, ¿prevalece la "voz" de Dios sobre todas las demás voces que resuenan a nuestro alrededor? ¿Vivimos atentos a lo que Dios nos dice y caminamos en la dirección que Él nos indica?

*A lo largo del camino que recorremos, tropezamos a cada momento con el "mal", en sus mil y una formas. Es una experiencia que siempre nos desconcierta y a menudo nos repugna. ¿Es inevitable el mal? Este mal que desfigura el mundo y deja profundas heridas en la vida de tantas personas, ¿viene de Dios o del hombre? La Palabra de Dios que escuchamos este domingo responde sin dudar: el mal nunca viene de Dios; es el resultado de nuestras malas decisiones, nuestro orgullo, nuestro egoísmo, nuestra autosuficiencia. Cuando el hombre elige vivir orgullosamente solo, ignorando las propuestas de Dios y abandonando el amor, construye ciudades de egoísmo, injusticia, arrogancia, ambición, violencia, sufrimiento, pecado... Observemos nuestro mundo y la historia de la humanidad: ¿no confirma la realidad que vemos todo esto? Mirémonos también a nosotros mismos y a nuestra historia personal: ¿qué caminos hemos elegido? ¿Tienen sentido las propuestas de Dios y son, para nosotros, indicaciones seguras de felicidad, o preferimos tomar las decisiones que nos interesan nosotros mismos, ignorando la guía de Dios?

Salmo 50

R. Misericordia, Señor, hemos pecado.

Por tu inmensa compasión y misericordia,
Señor, apiádate de mí y olvida mis ofensas.
Lávame bien de todos mis delitos
y purifícame de mis pecados

R. Misericordia, Señor, hemos pecado.

Puesto que reconozco mis culpas,
tengo siempre presentes mis pecados.
Contra ti sólo pequé, Señor,
haciendo lo que a tus ojos era malo.

R. Misericordia, Señor, hemos pecado.

Crea en mí, Señor, un corazón puro,
un espíritu nuevo para cumplir tus
mandamientos.

No me arrojes, Señor, lejos de ti,
ni retires de mí tu santo espíritu.

R. Misericordia, Señor, hemos pecado.

Devuélveme tu salvación, que regocija,
mantén en mí un alma generosa.
Señor, abre mis labios,
y cantará mi boca tu alabanza.

R. Misericordia, Señor, hemos pecado.

Romanos 5, 12-19

Hermanos: Así como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado entró la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron.

Antes de la ley de Moisés ya existía el pecado en el mundo y, si bien es cierto que el pecado no se castiga cuando no hay ley, sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron como pecó Adán, cuando desobedeció un mandato directo de Dios. Por lo demás, Adán era figura de Cristo, el que había de venir.

Ahora bien, el don de Dios supera con mucho al delito. Pues si por el delito de uno solo hombre todos fueron castigados con la muerte, por el don de un solo hombre, Jesucristo, se ha desbordado sobre todos la abundancia de la vida y la gracia de Dios. Tampoco pueden compararse los efectos del pecado de Adán con los efectos de la gracia de Dios. Porque ciertamente, la sentencia vino a causa de un solo pecado y fue sentencia de condenación, pero el don de la gracia vino a causa de muchos pecados y nos conduce a la justificación.

En efecto, si por el pecado de un solo hombre estableció la muerte su reinado, con mucho mayor razón reinarán en la vida por un solo hombre, Jesucristo, aquellos que reciben la gracia superabundante que los hace justos.

En resumen, así como por el pecado de un solo hombre Adán, vino la condenación para todos, así por la justicia de un solo hombre, Jesucristo, ha venido para todos la justificación que da la vida. Y así como por la desobediencia de uno, todos fueron hechos pecadores, así por la obediencia de uno solo, todos serán hechos justos. Palabra de Dios.

CONTEXTO

El apóstol Pablo no está vinculado al nacimiento de la comunidad cristiana en Roma. El cristianismo probablemente llegó a Roma traído por judíos palestinos convertidos al Evangelio de Jesús. Una antigua tradición afirma que fue Pedro quien proclamó el Evangelio en Roma alrededor del año 42, y que su predicación dio lugar a una floreciente comunidad cristiana. Sin embargo, no tenemos pruebas que respalden esta tradición.

Pablo escribió su Carta a los Romanos alrededor del año 57 o 58. En ese momento, estaba a punto de finalizar su tercer viaje misionero. Sentía que había completado su misión en el Mediterráneo oriental, ya que las iglesias que había fundado y acompañado en esas zonas estaban organizadas y podían funcionar de forma independiente. La mirada de Pablo se volvió ahora hacia Occidente. El apóstol pretendía pasar por Roma, permanecer un tiempo en esa ciudad y luego viajar a España para proclamar allí el Evangelio (cf. Rm 15,24-28).

Al escribir a los cristianos de Roma, Pablo pretendía establecer vínculos con ellos; pero también aprovechó la oportunidad para presentarles los principales problemas que le preocupaban en ese momento, entre los que destacaba la cuestión de la unidad. Este era un problema generalizado que también preocupaba a la joven comunidad cristiana de Roma, afectada por las dificultades en la relación entre los cristianos de origen judío y los cristianos del mundo grecorromano. Con serenidad y claridad, evitando cualquier polémica, Pablo explicó a los cristianos de Roma las líneas principales del Evangelio que proclamaba. La Carta a los Romanos es una especie de resumen de la teología paulina y, desde un punto de vista teológico, el escrito más completo de Pablo.

En la primera parte de la Carta (cf. Rm 1,18-11,36), Pablo señala a los cristianos divididos que el Evangelio es la fuerza que une y salva a todo creyente, sin distinción de judío, griego o romano. Si bien el pecado es una realidad universal que afecta a todas las personas (cf. Rm 1,18-3,20), la «justicia de Dios» da vida a todos, sin distinción (cf. Rm 3,1-5,11); y es en Jesucristo que esta vida se comunica y transforma a la humanidad (cf. Rm 5,12-8,39). Bautizado en Cristo, el cristiano muere al pecado y nace a una nueva vida. Es guiado por el Espíritu y se convierte en hijo de Dios; liberado del pecado y de la muerte, produce frutos de santificación y camina hacia la vida eterna. En la segunda parte de la carta (cf. Rm 12,1-15,13), Pablo, de forma muy práctica, exhorta a los cristianos a vivir según el Evangelio de Jesús.

El texto que se nos propone forma parte de la primera parte de la Carta a los Romanos (cf. Rm 1,18-11,36). Después de demostrar que todos, judíos y no judíos, viven inmersos en una realidad que es la realidad del pecado (cf. Rm 1,18-3,20) y que es la justicia de Dios la que salva a todos, sin distinción (cf. Rm 3,21-5,11), Pablo enseña que es por medio de Jesucristo que la vida de Dios llega a los hombres y que la salvación se ofrece a todos (cf. Rm 5,12-8,39).

MENSAJE

La esperanza cristiana en un destino de vida y salvación no es una elaboración fruto de la reflexión teórica de ningún teólogo, sino una construcción que se asienta sobre un acontecimiento concreto, identificado e inevitable: la intervención salvífica de Jesucristo, el Hijo de Dios, en la historia de la humanidad.

Para definir claramente el alcance de esta intervención, el apóstol Pablo yuxtapone dos figuras antitéticas, dos «economías opuestas»: la de Adán y la de Jesús. Adán es aquel por quien el pecado y la muerte entraron en el mundo; Jesús es aquel por quien la gracia y la vida llegaron a la historia de la humanidad.

Adán representa una humanidad que ignora a Dios y sus propuestas y elige caminos de egoísmo, orgullo y autosuficiencia. Ahora bien, esta elección produce injusticia, alienación, sufrimiento y discordia. Debido a que la humanidad ha preferido con tanta frecuencia este camino, el mundo ha entrado en

una economía de pecado; y el pecado genera muerte. Esta «muerte» no debe entenderse en un sentido físico-biológico, sino sobre todo en un sentido espiritual y escatológico: es la separación temporal o definitiva de Dios, fuente de la vida auténtica.

Cristo propuso e hizo posible otro camino. Vivió en constante escucha de Dios y sus propuestas, en total obediencia a los planes del Padre. Este camino conduce a la superación del egoísmo, el orgullo y la autosuficiencia, y da origen a un Hombre Nuevo, plenamente libre, que vive en comunión con Dios, fuente de la vida auténtica. La victoria de Cristo sobre la muerte es la prueba fehaciente de que solo la comunión con Dios produce vida definitiva. Con la propuesta que les presentó, Cristo liberó a los hombres de la economía del pecado e introdujo una nueva dinámica en el mundo, una economía de la gracia que genera vida plena (salvación).

No está claro que Pablo se refiera aquí a lo que la teología posterior denominó **«pecado original»** (es decir, un pecado histórico cometido por el primer hombre, que afecta y marca a todos los hombres nacidos en cualquier tiempo y lugar). Lo que está claro es que, para Pablo, la intervención de Cristo en la historia humana se tradujo en un dinamismo de esperanza, gracia y nueva vida. Dicho de otro modo: todos los hombres y mujeres nacen en un mundo donde el pecado está presente y, de alguna manera, respiran una atmósfera contaminada; pero Cristo, mediante su obediencia, vino a disipar la contaminación atmosférica que afectaba a la humanidad. Ahora es posible que la humanidad respire el aire puro de la vida eterna.

ACTUALIZACION

+ La modernidad nos ha enseñado que la fuente de la salvación no es Dios, sino el hombre y sus logros. Nos ha dicho que lo que los creyentes ven como "propuestas de Dios" son meros remanentes de una era precientífica, oscurantista y obsoleta, y que la plenitud de la vida reside en una ruptura radical con cualquier autoridad externa a nuestra Razón, incluyendo a Dios. Ha exaltado el individualismo, el antropocentrismo, y nos ha enseñado que solo alcanzaremos la plena realización si nosotros, orgullosamente solos, definimos nuestro camino, nuestro destino, el sentido de nuestras vidas. Sin embargo, el apóstol Pablo nos dice lo que puede suceder cuando nos acomodamos a la autosuficiencia y dejamos a Dios al margen de nuestro proyecto de vida. ¿Podemos, como Adán, prescindir de Dios y construir nuestras vidas sin Él o en contra de Él? ¿Adónde nos ha llevado esta cultura, que insiste en ignorar a Dios y sus sugerencias? ¿Ha dado la cultura moderna origen a hombres más felices y plenos, o ha propiciado el surgimiento de hombres desorientados y sin rumbo, que a menudo lo apuestan todo a falsas promesas de salvación y emergen de esta búsqueda más frágiles, más dependientes, más alienados, más frustrados, más vacíos, más desilusionados?

+Algunos acontecimientos que han marcado nuestro tiempo confirman que una historia construida al margen de las propuestas de Dios es una historia que se encamina hacia un desastre anunciado. Si escucháramos a Dios, ¿conocería nuestro tiempo las guerras que manchan de sangre los caminos que recorreremos? Si escucháramos a Dios, ¿tendríamos tantos hombres y mujeres sin voz e impotentes, abandonados al margen de los caminos que recorre la humanidad? Si escucháramos a Dios, ¿construiríamos hoy narrativas que incluyen palabras como «genocidio», «masacre», «matanza», «exterminio» y «horror»? Si escucháramos a Dios, ¿viviríamos en un precario equilibrio de terror y nos embarcaríamos en una estúpida carrera armamentística cuyo fin nadie sabe? Si escucháramos a Dios, ¿seguiríamos destruyendo irresponsablemente los recursos del planeta, poniendo en peligro la supervivencia de la humanidad? ¿Cuál es nuestro papel como creyentes en todo esto? ¿Qué podemos hacer para que Dios vuelva a ser el centro de la vida humana, para que sus propuestas sean aceptadas y para que la historia humana retome su rumbo?

+Dios respeta nuestra libertad. Acepta que construyamos nuestras vidas sin seguir su guía, e incluso tolera nuestras malas decisiones. Sin embargo, nunca nos abandona. Decidido a darnos todas las oportunidades, insiste una y otra vez... con la esperanza de que reconsideremos nuestras opciones y elijamos caminos que conduzcan a la vida verdadera. En una decisión que demuestra claramente la profundidad de su amor por nosotros, nos envió a su Hijo, Jesús. Jesús obedeció al Padre y vino a nuestro encuentro, se hizo uno de nosotros, compartió el camino que recorreremos, luchó contra todo lo que nos

daña y aceptó la muerte para mostrarnos el camino que lleva a la vida. Considerando todo esto, ¿seremos capaces de seguir prefiriendo caminos de orgullo y autosuficiencia, alejados de Dios? ¿Qué valor tienen las enseñanzas que Jesús vino a traernos en la construcción de nuestra vida?

Mateo 4, 1-11

*En aquel tiempo, Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el demonio. Pasó cuarenta días y cuarenta noches sin comer y, al final, tuvo hambre. Entonces se le acercó el tentador y le dijo: “Si tú eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes”. Jesús le respondió: “Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en la parte más alta del templo y le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, échate para abajo, porque está escrito: Mandará a sus ángeles que te cuiden y ellos te tomarán en sus manos, para que no tropiece tu pie en piedra alguna”. Jesús le contestó: “También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios”. Luego lo llevó el diablo a un monte muy alto y desde ahí le hizo ver la grandeza de todos los reinos del mundo y le dijo: “Te daré todo esto, si te postras y me adoras”. Pero Jesús le replicó: “Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y a él sólo servirás”. Entonces lo dejó el diablo y se acercaron los ángeles para servirle. **Palabra del Señor.***

CONTEXTO

En los Evangelios Sinópticos, la escena de las tentaciones de Jesús se sitúa entre el episodio de su bautismo y el inicio de su predicación del Reino de Dios (cf. Mc 1,12-13; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13).

En su bautismo, Jesús, el «*Hijo amado*» de Dios, es ungido por el Espíritu, como los profetas (cf. Mt 3,16). En el mundo bíblico, la unción siempre se asocia a una misión. Jesús es consciente de ello: al ungirlo con el Espíritu, el Padre le estaba diciendo que contaba con él para llevar a cabo un plan de salvación para la humanidad.

¿Cómo se posiciona Jesús respecto a la misión que el Padre le confía? ¿Cómo la llevarás a cabo? ¿Priorizarás tus intereses personales o el plan de Dios? El episodio de las tentaciones de Jesús busca responder a estas preguntas.

¿Se trata de un episodio real, descrito de forma estrictamente histórica, con un «diablo» compitiendo con Jesús por el protagonismo? Es fundamentalmente una página de catequesis. Es muy probable que Jesús, tras su bautismo en el río Jordán, se retirara al desierto de Judea y pasara unos días meditando sobre la misión que Dios quería confiarle. Durante ese tiempo de «retiro», Jesús afrontó una lucha interior, con decisiones fundamentales, con la definición de su proyecto de vida. También es natural que, más tarde, Jesús hablara con sus discípulos sobre lo que sentía al tener que elegir, para que comprendieran que, ante la propuesta del Reino de Dios, ellos también debían tomar decisiones. Este diálogo debió de causar una profunda impresión en los discípulos. El hecho de que el relato de las «tentaciones de Jesús» fuera conocido desde el principio en las primeras comunidades cristianas lo demuestra.

El episodio se desarrolla «en el desierto». El desierto es, en el imaginario judío, el lugar de la «prueba», donde los israelitas experimentaron, en varias ocasiones, la tentación de abandonar a Dios y su plan de liberación (aunque también es el lugar del encuentro con Dios, el lugar del descubrimiento de su rostro, el lugar donde el pueblo experimentó su fragilidad y pequeñez y aprendió a confiar en la bondad y el amor de Dios). ¿Se repetirá la historia? ¿Cederá Jesús a la tentación y dirá «no» al plan de Dios, como ocurrió con los israelitas hace siglos? ¿Antes?

Las «tentaciones de Jesús» no se relatan de la misma manera en todos los Evangelios Sinópticos. Marcos simplemente menciona que Jesús «fue tentado», sin entrar en detalles; las narraciones de Mateo y Lucas sobre las «tentaciones» de Jesús son muy similares entre sí, aunque la segunda y la tercera «tentaciones» aparecen en diferente orden en ambos Evangelios.

MENSAJE

Tras su bautismo en el río Jordán, Jesús fue guiado por el Espíritu al desierto, lugar de prueba, para ser tentado por el diablo (v.1). Los *cuarenta días* que Jesús pasó en este lugar (v. 2) deben relacio-

narse con los cuarenta años que los hebreos pasaron en el desierto tras ser liberados de Egipto, donde tuvieron que elegir entre Dios y el mal, entre la libertad y la esclavitud. Es importante destacar que Jesús es guiado por el Espíritu de Dios, el mismo Espíritu que descendió sobre él en el momento de su bautismo: será el mismo Espíritu que lo sostendrá a lo largo de su misión y le dará la fuerza para tomar las decisiones correctas, conforme al plan de Dios.

El tiempo que pasó en el desierto, reflexionando sobre la misión que le esperaba, fue para Jesús un tiempo de prueba, de decisiones, quizás de purificación de las razones que lo motivaban. La figura del diablo encarna, en este contexto de decisiones, los caminos equivocados que también están a disposición de Jesús. La escena gira en torno a un diálogo en el que Jesús y el "diablo" debaten las diversas posibilidades que se les presentan, en una lucha dialéctica basada en citas de las Sagradas Escrituras. La catequesis sobre las decisiones de Jesús se presenta en tres escenas o "parábolas".

La primera "parábola" (v. 3-4) sugiere que Jesús podría haber elegido un camino de realización material, de satisfacción de necesidades materiales: "*Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan*" (v. 3). Es la tentación —que todos conocemos muy bien— de hacer de los bienes materiales la prioridad fundamental de la vida. Sin embargo, Jesús sabe que "*no solo de pan vive el hombre*" y que la plenitud humana no reside en la acumulación egoísta de bienes. La respuesta de Jesús cita **Deuteronomio 8:3** y sugiere que su alimento —es decir, su prioridad— no es un plan para enriquecerse rápidamente, sino el cumplimiento de la Palabra del Padre (es decir, la voluntad).

La segunda "parábola" (v. 5-7) nos lleva al pináculo del templo en Jerusalén, ubicado en la esquí-na suroeste del edificio, donde los fieles del santuario podían disfrutar de una magnífica vista del valle de Cedrón. Las palabras del "tentador" ("*Si eres Hijo de Dios, tírate abajo de aquí, porque está escrito: 'Él mandará a sus ángeles acerca de ti, y en sus manos te levantarán, para que no tropieces con tu pie en piedra'*") sugieren que Jesús podría haber elegido un camino fácil hacia el éxito, mostrando su poder con gestos espectaculares y siendo admirado y aclamado por las multitudes (siempre dispuestas a dejarse cautivar por el espectáculo mediático de los superhéroes). Jesús responde a esta tentación citando **Deuteronomio 6:16** y sugiere que no le interesa usar los dones de Dios para satisfacer proyectos personales de éxito y triunfo humano. «No tentar» al Señor Dios, en este contexto, significa no exigirle señales ni pruebas que sirvan para la promoción personal del hombre y para que se imponga a los ojos de los demás.

La tercera «parábola» (v. 8-10) nos sitúa en un «monte muy alto» no identificado, desde donde se pueden contemplar «todos los reinos del mundo y su gloria». Huelga decir que no hay colina en el mundo desde la que se pueda tener una vista tan panorámica. Nos encontramos, por tanto, en el ámbito de la catequesis. La escena sugiere que Jesús podría haber elegido un camino de poder, de dominio, de arrogancia, al estilo de los grandes hombres de la tierra. Sin embargo, sabe que la tentación de hacer del poder y el dominio la prioridad fundamental de la vida es una tentación diabólica; por ello, citando **Deuteronomio 6:13**, afirma que solo Dios es absoluto y que solo a Él se le debe adorar. El poder que corrompe y esclaviza nunca será una opción que Jesús considere.

Las tres tentaciones que se presentan aquí no son más que tres caras de una misma tentación: la tentación de prescindir de Dios, de elegir un camino de egoísmo, orgullo y autosuficiencia, al margen de las propuestas divinas. Pero, para Jesús, ser el «Hijo de Dios» significa vivir en comunión con el Padre, escuchar su voz, llevar a cabo sus proyectos, cumplir obedientemente sus planes.

Las respuestas de Jesús al «tentador» muestran claramente el camino que ha elegido seguir desde el principio. Jesús ganó la batalla contra el mal. No quiere vivir para acumular riquezas, dominar a la gente, exhibir la grandeza de Dios para su propio beneficio. Jesús se propone servir al plan de Dios, sin desviarse ni un ápice de la voluntad del Padre. A lo largo de su vida, frente a las diversas «provocaciones» que sus adversarios lanzan contra él, Jesús reafirma esta «elección fundamental» y busca cumplir el plan del Padre con total fidelidad.

Israel, durante su travesía por el desierto, sucumbió a menudo a la tentación de ignorar los caminos y las propuestas de Dios. Jesús, por el contrario, superó la tentación de ignorar a Dios y elegir caminos ajenos a los planes del Padre. De Jesús nacerá un nuevo Pueblo de Dios, cuya vocación esencial es vivir en comunión con el Padre y cumplir su plan para el mundo y para la humanidad.

ACTUALIZACION

+ En estos días, comenzamos a recorrer un camino: el camino cuaresmal. Es el que nos lleva a la Pascua, a la resurrección, a una nueva vida. A lo largo de este camino, seremos invitados a analizar, con claridad y sentido de responsabilidad, nuestras decisiones, nuestras prioridades, nuestros valores, el sentido de nuestra vida... Este tiempo puede ser un tiempo de conversión, de reorientación, de renovación, de cambio; puede ser una oportunidad para acercarnos a Dios y a las propuestas que nos hace. La Palabra de Dios que escucharemos cada domingo nos ayudará a percibir la insignificancia de algunas de nuestras decisiones y a detectar algunos de los errores que cometemos. ¿Aceptamos el reto de recorrer este camino? El Evangelio de este domingo menciona algunas de las tentaciones que Jesús tuvo que afrontar y superar. ¿Estamos dispuestos, por nuestra parte, a identificar las tentaciones que nos esclavizan y nos impiden vivir una vida más digna, más humana, más llena de sentido y esperanza? ¿Cuáles son las tentaciones que más a menudo nos alejan del estilo de vida y del proyecto de Jesús?

+Una de las tentaciones que Jesús tuvo que afrontar fue la de las posesiones materiales. Es una tentación que conocemos bien, pues tenemos que lidiar con ella a cada instante. Apelando a nuestro apetito de comodidad, bienestar y seguridad, nos invita a acumular cosas, a priorizar el dinero, a hacer de las posesiones materiales el gran objetivo de nuestras vidas. Sin embargo, es una tentación que puede distorsionar por completo el sentido de nuestra existencia: crea dependencia, nos hace esclavos de las posesiones materiales, nos hace perseguir cosas efímeras; nos cierra al compartir, la solidaridad y la fraternidad; potencia la indiferencia ante las necesidades de nuestros hermanos; nos incita a apostar por mecanismos de explotación y lucro... ¿Qué lugar y papel ocupan las posesiones materiales en nuestras vidas? ¿Es nuestra relación con ellas sana y equilibrada?

+Otra de las tentaciones que se cruzó en el camino de Jesús fue usar a Dios para obtener reconocimiento, aplausos, aprecio y consideración de los hombres. No es una tentación tan infrecuente como parece a primera vista. Esta tentación puede hacernos pensar en usar la fe para obtener beneficios personales, forjar una carrera exitosa, ganar reputación, renombre o prestigio; puede hacernos pensar en usar la religión para obtener privilegios, títulos u honores; puede hacernos pensar en las exigencias que le hacemos a Dios para que nos conceda los favores a los que creemos tener derecho... Y, por otro lado, puede hacernos pensar en las concesiones que algunas personas están dispuestas a hacer, a veces a costa de su propia dignidad, para obtener unos minutos de fama y notoriedad... Reconocimiento, fama, aplausos, privilegios: ¿vale la pena pagar cualquier precio por estos bienes?

+La tercera de las tentaciones que Jesús tuvo que afrontar fue la del poder, la gloria y los triunfos humanos. Jesús consideraba que el deseo de subyugar a otros, de tener autoridad ilimitada, de dominar el mundo, es algo diabólico, que puede hacer que el hombre pierda su gran referencia: Dios. Es en la raíz del orgullo y la autosuficiencia que el hombre se encierra en su gueto personal; lo lleva a querer liberarse del control de Dios y a darle la espalda; desarrolla en el hombre tics de autoritarismo, intolerancia y arrogancia que causan heridas irreparables en el mundo; favorece el abuso de los más débiles, los últimos; promueve mecanismos de esclavitud, explotación y tensión social; fomenta guerras, violencia e imperialismo; construye muros de enemistad que separan a las personas y les impiden vivir en armonía... ¿Es esta tentación un problema para nosotros? ¿Cómo tratamos a quienes compartimos el camino de la vida: con altivez y arrogancia, o con humildad, respeto y amor?

+Somos humanos y frágiles. Vivimos inmersos en una realidad de pecado que nos condiciona y nos arrastra hacia decisiones cuestionables. ¿Es posible superar estas tentaciones que aparecen continuamente en el camino de nuestra vida? Jesús las superó. Nunca aceptó que su vida se guiara por errores y atajos. Optó, una y otra vez, por no desviarse del plan del Padre. Podemos decir que no tenemos la misma fuerza que Jesús. Puede que sea cierto. Pero él nos precede, señalándonos el camino y diciéndonos que es posible decir "no", una y otra vez, a propuestas que nos llevan por caminos donde no hay verdadera vida. ¿Estamos dispuestos a intentar, sin excusas ni justificaciones, seguir el ejemplo de Jesús?